Claves

Albeiro Montoya Guiral

Capítulo 1

Él la miraba desde el patio. Fumaba despacio. Sentía la incómoda presencia del revólver en la pretina. «Cuando acabe este cigarro volveré a sentir miedo», pensó. «Se nota que ha envejecido mucho en tan pocos años. Ha de ser el trabajo». Dio una profunda calada. «Ha de ser la traición. No puedo fallar».

La mujer había visto cuando llegó, y sabía por qué lo había hecho. Fingía tejer para distraerse, pero pensar que iba a entrar en cualquier momento, la intranquilizaba. Quiso pedir ayuda, ¿a quién, tan sola, tan lejos de todo?

El hombre acabó el cigarro y, a pesar del temblor en las piernas, entró. La mujer se levantó con brusquedad. Se miraron. «Se nota que ha caminado mucho», dijo ella, y no pudo contener la risa.

Capítulo 2

Algo fuera de la cafetería le produjo un recuerdo; el de una jovencita delgada, de cabello revuelto, que tenía la costumbre de pasar por esa calle, tiempo atrás, llevando un niño de la mano. “¿Qué habrá sido de nosotros?se preguntó. “¿A dónde habrá ido nuestra madre?”

Aunque estaba seguro de que era mediodía, sintió como si le estuviera llegando al rostro el tibio sol de la mañana.

Al fin se acercó una mesera. Él le dijo qué quería beber antes de que ella le preguntara. La mujer lo miró detenidamente; al notárselo hizo un esfuerzo por ocultar la sorpresa. Pero dijo:

“Señor, espere. Voy a traer un insecticida. Tiene algo aferrado a la cara. Qué asco: la tristeza.”

—Señorita, no se preocupe. Sin el retorno de la infancia es imposible la felicidad.

La mujer dejó de mirarlo. “Qué raro”, pensó. Hizo una anotación sobre un papel que sacó del delantal.

— ¿Algo más?

—Sólo un café.

Capítulo 3

Le habían dicho que las mariposas tenían alas, que si era un niño quien las despertaba, sonreían; y que sólo un corazón como el suyo podría escucharles la voz y entender la escritura de su vientre.

Durante mucho tiempo había ido a buscarlas sin satisfacción. En aquel monte al parecer todas habrían muerto, o no habrían existido jamás. Sin embargo, una tarde llegó hasta su madre haciéndole notar su alegría.

— Ésta la encontré dormida sobre un viejo tronco.

Cuando el pequeño abrió las manos, su madre esperó que volara; al ver lo contrario, empalideciéndose, sintió miedo de que lo pudiera agredir y le ordenó que la arrojara muy lejos.

— ¡Aquello es una flor!

Capítulo 4

El maravilloso día en que pudo cortarse las uñas, al salir de su casa recordó milagrosamente el sonido de la lluvia.

Él había comenzado a sospecharlo cuando tuvo que regresar de la fábrica sin saber por qué lo habían despedido, y al mediodía en el comedor se lo confirmó uno de sus hijos:

"Papá, envejeciste…"

Corrió a mirarse en el espejo, y tenía en el rostro efectivamente una sonrisa.

Capítulo 5

Esa tarde el abuelo no nos hizo sonreír. Como cada domingo, lo esperábamos al borde de la carretera. A lo lejos, como si nos saludara, la vieja casa sacudía sus manos de humo. El carro de las cuatro se detuvo ante nosotros. Los pasajeros parecían buscarnos algo muy dentro con su mirada. Yo pensaba cómo sería la miel que hacían las abejas que zumbaban dentro del carro.

Con lentitud descendía el abuelo. Traía el costal doblado en las manos. Se quitó el sombrero y nos miró ladeando un poco la cabeza sin decir nada.

Fue la primera vez que sentí tristeza en la vida.

Esperen, dijo el abuelo. Ustedes no saben. En el pueblo hay un árbol de dulces, y apenas está floreciendo.

Sólo los perros lo abrazaron. El carro siguió su camino.

Capítulo 6

El siguiente punto decía:

“La reconocerás por su número de pestañas”.

Guardó el papel en el bolsillo y ubicó una silla ante la mujer.

—Dígame su nombre nuevamente, por favor— pidió sentándose.

Ella lo repitió.

—Muy bien. Una, dos, tres… allá dentro parece que me estuviera ahogando— se interrumpió—. Me veo sacar las manos del agua incesantemente.

Ella bajó los ojos, y él prosiguió. Cuatro, cinco, seis…

Contó varias veces hasta sonreír de satisfacción. Por teléfono se lo dijo a alguien. Sacó el papel nuevamente y leyó el último punto. Recogió sus cosas, se puso el sombrero. Se despidió de la mujer entregándole un cofre diminuto.

Ella lo abrió. Sólo entonces tuvo miedo.